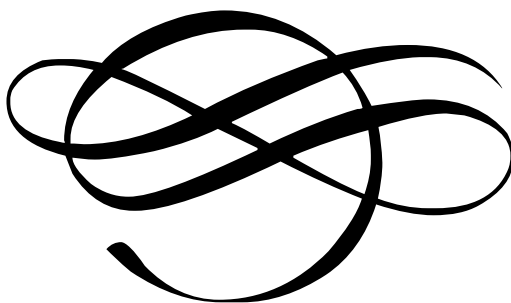


VATICANO III



PUNTOROJO
libros

Vaticano III

Ángel Medina Martos

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@puntorolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-16611-91-1

Maquetación y diseño:

© 2015 Ángel Medina Martos

© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Producción: Punto Rojo Libros.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

ÁNGEL MEDINA MARTOS

VATICANO III

*“Yo creo que todavía no es demasiado tarde para construir
una utopía que nos permita compartir la tierra”.*

Gabriel García Márquez

Nota Preliminar

Cuando se alinean las fichas del dominó, si cae la primera arrastrará a la inmediata, y así sucesivamente, originándose una reacción en cascada que no se detendrá hasta derribar a la última, poniendo todo el orden establecido patas arriba.

Si diésemos nombre a cada una de ellas, las principales podrían ser la Iglesia de Roma, la mal gestionada sociedad del bienestar, el comunismo latente (aparentemente derrotado, pero que acecha el momento de su resurgir), el universalismo expansionista de la Media Luna, el Estado de Israel, avanzadilla de Occidente y gendarme de Oriente Próximo, y el gigante asiático, que desea adueñarse de los mercados internacionales y controlar el consumo.

INTRODUCCION

Una niebla muy densa lo cubría todo. Su manto era tan craso que se antojaba necesario cortarlo con un cuchillo para penetrar en él. Apenas era posible distinguir algo a un par de pasos. A través de la humedad podía olfatearse un olor agrídulce.

Cuando el vapor comenzó a desvanecerse, apareció un inmenso desierto. Era de color grana intenso y estaba impregnado de un líquido espeso, reseco y agrietado, aunque todavía permanecía fresco en algunos lugares. Había sido derramado recientemente y era del color de la sangre. Un río bañaba toda la tierra.

Por doquier se escuchaban gritos de terror. Los más lejanos, que no se sabía ciertamente de dónde procedían, entremezclaban su eco con los cercanos. Se estaba perpetrando una matanza y se llevaba a cabo en cualquiera y en todas las partes a un mismo tiempo. Organizadamente. Sin interrupción.

Cabritos y corderos estaban siendo sacrificados. Los borregos blancos corrían despavoridos presos del pavor y gritando sin cesar, presintiendo el fin inmediato al que estaban predestinados. Algunos, los pocos, lograban romper el cerco y escapar, si bien la inmensa mayoría era alcanzada por los veloces lobos, que en menor número que ellos pero bien dirigidos y muy feroces los degollaban a pesar de sus súplicas. Inmisericordes, las fieras devoraban también a los cabritos.

En medio del mar de arena roja había una montaña. Era inaccesible y tétrica. Su altura la elevaba hasta el cielo; una gran

nube negra la abrazaba, confiriéndole un halo de misterio y espanto.

Un ser enorme, cuyo rostro no podía verse al permanecer oculto por ella presidía aquel lúgubre paraje, rugiendo placenteramente mientras sostenía entre sus afiladas garras una armadura polvorienta y arañada que exhibía alardeante. Ocupaba el lugar preferente de una gran mesa en la que se celebraba un banquete. Los manjares eran abundantes y exquisitos. No faltaba de nada y, de cuando en cuando, encontrándose satisfecho eructaba con violencia, al tiempo que arrojaba algunos despojos a los infelices que se acurrucaban a su alrededor, divirtiéndose complacido al observar cómo se los disputaban entre sí.

En ocasiones, durante el fragor de la inmolación los cánidos viejos que capitaneaban las manadas alzaban la mirada hacia el “Santuario del Terror” donde residía la “Bestia” sin rostro, pretendiendo obtener así el reconocimiento a su labor depredadora o recibir alguna nueva consigna de su amo.

De repente, desde la lejanía infinita adonde las tinieblas y el caos no llegaban a penetrar comenzó a irradiar una luz cegadora. Al advertir que irrumpía en su morada profirió un horrible rugido y, sin darse cuenta dejó caer la armadura al tapar su faz entre los garfios para protegerse; la coraza se separó del yelmo tras chocar contra el suelo. Los carnívoros, aullando, interrumpieron la masacre y huyeron en desbandada en dirección opuesta a la luz.

Aquellas escenas quedaron grabadas a fuego en sus pupilas. Como si de un espejo se tratara, se reflejó en ellas el intenso color encarnado de la sangre esparcida. Estaba terriblemente asustado y, por ende, paralizado. Sentía deseos de hacer algo por aquellas criaturas sin protección, pero no sabía qué, ni cómo.

Cuando la tensión acumulada hubo cedido salió de su escondrijo y empezó a ambular sin rumbo fijo por el campo de batalla en el cual yacían desparramados los cuerpos sanguinolentos. Sin saber con exactitud si le impulsaba el temor a que regresara la alimaña y sus esbirros o si se sentía atraído por la

luz, se dirigió hacia donde la había visto aparecer. Conforme dejaba atrás el campo de exterminio y se aproximaba, comenzó a tranquilizarse. Había perdido la noción del tiempo, percatándose que le iba envolviendo. En tanto se acercaba, la claridad se convertía en más cegadora. Todo parecía disolverse y hacerse inmaterial en su interior.

Súbitamente, y sin saber de qué manera había surgido apareció ante él la figura de un anciano. Su aspecto era a la vez rudo y venerable y su rostro brillaba con una intensidad parecida a la de la nieve cuando el sol se refleja en los copos. Sin embargo, le era posible mirarle sin deslumbrarse. Podía verle con todo detalle, aunque enseguida advirtió que era intangible, de una dimensión para él desconocida, llamándole la atención verle andar con la cabeza hacia abajo. Más que caminar, flotaba sin llegar a tocar el suelo.

Se sentía intimidado con aquella visión espectral. No se atrevía a hablar y esperaba a que él le dirigiese la palabra. Transcurrió un momento que le pareció eterno, durante el cual llegó a perder todo contacto con la realidad.

Después, casi sin ser consciente de lo que decía, se atrevió a preguntarle:

— ¡Dime! ¿Por qué caminas así?

La respuesta que obtuvo le dejó desconcertado. Parecía que la pregunta que le había formulado carecía de importancia y quería reconducir la conversación por otros derroteros.

— ¡Primero es el rayo y después el trueno. El resplandor nunca puede ser como la luz!

Al oír su tono sepulcral, se sobrecogió. Aquella voz, que no se asemejaba a ningún sonido humano y parecía provenir de ultratumba, le caló hasta el tuétano. Era una voz queda, de timbre profundo y seco, penetrante y envolvente, que a la vez le producía miedo y sin saber la razón le movía a la confianza.

— ¡No te comprendo!— balbució confuso— Pero, al menos, dime ¿quién lo hizo?

Con aire de condescendencia, tal quien habla a un niño y trata de hacerse entender, le dijo:

- Como tú, también yo tuve temor de la Bestia de los mil nombres. Al principio decidí huir, pero más tarde se me hizo saber que debía regresar. ¡Yo soy uno de esos que has dejado tendido a lo largo del camino!
- ¿Y por qué...?— contra preguntó perplejo.
- ¿Es que no lo entiendes? ¿Acaso no lo has visto? Los que se inclinan a su paso reciben las migajas y los que se enfrentan a ella se exponen a ser aniquilados.

Su rostro mostraba ansiedad y desconcierto, pues era incapaz de comprender aquellas incongruentes palabras.

- Has de tomar partido ¡Con ella o contra ella!
- ¿Y quién no lo hace?
- ¡Ése ya lo ha hecho!— le contestó severo.

Recordando los horrores que había contemplado, no pudo resistirse a demandar de él una nueva pregunta.

- ¿Acaso no la temiste tú?
- El único temor del hombre es pretender escapar de su propio destino— le respondió solemne.
- No estoy seguro de entenderte...
- Pronto lo harás. Cuando, a pesar de los riesgos uno no afronta la misión para la que ha sido elegido, se desnaturaliza. Sucede algo parecido a lo que le ocurre a la sal si pierde su sabor. ¡Dime! ...¿sabes tú para qué sirve entonces?

Al formularle aquella pregunta, entendió que le estaba examinando. Meditó unos instantes, envuelto en un silencio absoluto. Después, cabizbajo, alegó:

- ¡Para ser pisoteada!

El aparecido asintió con la cabeza mientras apostillaba:

- Tú lo has dicho, aunque...
- ¿Qué?— no le dejó concluir, al observar a su lado los trozos de la armadura caída.

- En ti queda la opción. Has de elegir entre la sal que pierde el sabor y este traje de combate.
- Pero...—se interrumpió queriendo cerciorarse de que comprendía— ¡Continúa!— se impacientó.
- ¡Si decides cogerla, habrás de limpiarla. Sólo así serás digno de llevarla!

De su subconsciente brotaban ráfagas de ideas aisladas que se difuminaban pronto sin llegar a configurar ningún pensamiento que tuviera solidez, asimilando oscuramente, lo cual le hacía sentirse confundido. Instintivamente, en un intento de alcanzar el conocimiento adecuado, entendió que había llegado el momento de que le aclarase lo que para él se constituía en algo vital.

- ¡Dime, anciano! ¿Quién eres?— le espetó.

Lo que escuchó de sus labios le dejó aún más trastornado. Más que una respuesta parecía un juego en el que, partiendo del presente debiera retornar hasta el pasado para poder comprenderlo.

- ¡Tú eres yo!

De repente, la figura del espectro se desvaneció. Solo permanecía la armadura en el suelo.

En aquel preciso momento su cuerpo se convulsionó cuan largo era. Sintió sacudirle una especie de descarga eléctrica, y aquellas últimas palabras tan breves como contundentes martillaron su cerebro. Un presentimiento empezó a tomar forma dentro de él. No acababa de dar crédito a lo que había contemplado y escuchado. Conmoción, entreabrió los ojos, pero la tensión le hizo volver a sumirse en un profundo sueño.

1

A pesar de caminar pausadamente, la ausencia de ruidos en aquella temprana hora permitía escuchar el resonar de sus pisadas. La galería estaba engalanada con lienzos de maestros del Renacimiento; el mármol inmaculado de sus suelos reflejaba con nitidez la figura del padre Gregory.

Era alto y de porte elegante, aunque últimamente exhibía una incipiente barriga debido a la vida sedentaria que llevaba dentro de la Residencia. Vestía un traje oscuro, sin más distintivo que el clerigman de su cuello. Bajo el brazo derecho llevaba un portafolio en el que destacaba una etiqueta blanca con la inscripción "Despacho diario".

Al final del pasillo, situado en el tercer piso del Palacio Apostólico había una puerta de doble hoja custodiada por un guardia suizo en posición de firme, el cual apoyaba el peso de su cuerpo sobre la alabarda. Llegado junto a él, sin mediar palabra le saludó con un ligero asentimiento de cabeza y esbozando una tímida sonrisa la golpeó suavemente con los nudillos.

Al escucharlo, se despertó sobresaltado. Estaba bañado en sudor y sus sístoles y diástoles estaban tan alteradas que el corazón parecía querer salirse del pecho. Se incorporó y se sentó en la cama, apoyando la espalda en un almohadón en el que figuraba bordado el escudo con la tiara y las llaves, símbolo de la potestad de Pedro. Se frotó los ojos reiteradamente, sin poder determinar si estaba despierto o permanecía aún sumido en el sueño. Se le había antojado tan real, que no pudo discernir si el

hecho de haber retornado al estado de vigilia formaba parte de la visión.

Abrió la puerta y penetró en la habitación, cerrándola tras él. Todavía a oscuras, pulsó el interruptor de la luz, sin tener necesidad de fijarse dónde estaba situado. Después, se dirigió al amplio ventanal y lo entreabrió para que entrase el aire fresco de la mañana.

Mientras depositaba la carpeta sobre el escritorio, le saludó afable.

- Buenos días, Santo Padre. Es la hora.
- Buenos días— le respondió todavía somnoliento.
- ¿Se encuentra bien, Santidad?— le preguntó al advertir su estado.
- Creo que sí. No es nada— le tranquilizó.
- No tiene muy buen aspecto ¿Quiere que avise a su médico?— se interesó.
- No es necesario. Gracias.
- ¡Pero...!— protestó contrariado.
- Pronto pasará— le interrumpió antes que pudiera amonestarle— No he dormido bien, eso es todo.
- Entonces, me retiro— replicó, sin estar del todo convencido.
- Puede hacerlo, padre. Buenos días.

Al quedarse solo, todavía recostado esperó unos segundos a que las pulsaciones se normalizasen, y ya más tranquilo se dirigió al aseo. Aunque había tratado de no inquietar a su secretario se sentía interiormente agitado, no pudiendo resistir observarse de cerca en el espejo del lavabo.

El cristal reflejaba a un hombre de rasgos sudamericanos, debiendo rondar su edad los sesenta y pico. Su frente era amplia, con algunas arrugas intermitentes que la surcaban de lado a lado. El cabello corto, algo escaso y débil, entre gris y blanco, y las cejas muy pobladas, del mismo color que el pelo. Unas cuencas semi hundidas y bolsas muy marcadas, cuyos pliegues

se acentuaban debido a la mala noche que había pasado envolvían sus ojos de color esmeralda, en contraste con la palidez de la piel oscura, resultando su mirada serena y melancólica. Al ser delgado, los pómulos resaltaban con aire desafiante. Sus orejas estaban dispuestas algo separadas, de tal suerte que le conferían notoriedad. La nariz era grande y rectilínea y la boca de tamaño medio, destacándose la prominencia del mentón.

Una amplia estría, fruto del contacto con la almohada discurría como si de una hendidura se tratase desde las mejillas hasta la comisura de los labios.

Instintivamente, meneó la cabeza con gesto negativo, expresando su descontento con la imagen que presentaba.

Al terminar de asearse se dirigió directamente hacia un armario de color hueso empotrado en la pared, y cogiendo una túnica de paño de una sola pieza, blanca como el armiño, se embutió en ella. Después, se ciñó a la cintura un fajín, del mismo tejido e idéntica tonalidad. A continuación, extrajo de uno de los cajones interiores un crucifijo chapado en oro y brazos lacados en marfil, pendiendo de un grueso cordón, y besándolo, se lo colgó al cuello.

Antes de salir, se acercó un momento a la mesa y ojeó los papeles que contenía la carpeta que le había traído. Luego, como era habitual en él cada día inició la jornada celebrando la eucaristía en su capilla privada. Eran las cinco y media de la madrugada y le esperaban las cuatro mujeres que estaban a su servicio y sus dos secretarios, con los que concelebró.

Cuando terminaron se fueron todos, excepto él.

El oratorio estaba situado al otro lado del corredor. Era reducido, pero acogedor. En el frontal de la pared había un sagrario incrustado, y junto a él una lámpara encendida anunciaba la presencia del Santísimo; debajo, el altar de mármol recubierto por un paño, encima del cual destacaba una cruz metálica que carecía de imagen. A pie del mismo un reclinatorio individual en el que reposaba un ejemplar de la Biblia, que permanecía cerrada. Tras él, y como resto del reducido mobiliario, dos bancos pequeños.

Meditaba arrodillado, con recogimiento. Cuando hubo alcanzado un estado de calma profunda comenzaron a brotar de su subconsciente, de manera deslavazada, sin orden ni concierto, las representaciones que había experimentado. El silencio absoluto que reinaba en la capilla penetraba dentro de él como el zumbido bullicioso de una legión de chicharras invisibles. Trató de reagrupar las escenas, cual si de un caleidoscopio se tratase, buscando reconstruir la película para obtener alguna conclusión, por provisional que fuese. En vano. Las lagunas que sucedían a cada intento se hacían más prolongadas y profundas. Comprendió que no lo lograría, al menos en ese momento. Entonces, se frotó los párpados para desentumecerlos.

Al moverse, el Libro Sagrado que descansaba sobre la tarrima cayó al suelo y se abrió de par en par. Se inclinó para recogerlo y observó que se trataba de las páginas del capítulo 41 del Génesis, tropezando sus ojos con el versículo 15, cuyo texto reza: *“Dijo Faraón a José: he tenido un sueño y no hay quien lo interprete, pero he oído decir de ti que te basta oír un sueño para interpretarlo”*

Aquella breve lectura se le antojó providencial.

- ¡Sí, es cierto!— pensó rememorándolo desde el inicio—
Tuvo una predicción en las alegorías de las vacas gordas y las flacas y, de no haber sido por José, que se lo explicó, las calamidades se habrían cebado con su pueblo.

Alzó la vista y la clavó en el tabernáculo, en cuya puerta bañada en plata brillaba la luz de la llama, con su propia figura desdibujada al fondo.

- ¿Ha sido una pesadilla o un mensaje? ¿Ha sido un anuncio o simplemente producto de mi imaginación?

Con sus palabras silentes parecía interpelarse en demanda de una aclaración, ya que se sentía incapaz de descifrar lo que había visto. Absorto, con la mirada perdida y fija al mismo tiempo en el resplandor de la flama, comprendió que la respuesta pasaba, como le sucedió al egipcio, por José.

Sólo un hijo de Jacob podría desvelarle el sueño, determinar si había sido producto de su mente desiderativa o una revelación.

De la misma manera que Faraón, también él necesitaba encontrarlo.

Pero... ¿cómo hacerlo? ¿Dónde estaba? Y sobre todo ¿quién era José?

2

Habían transcurrido varios días desde que tuvo aquel extraño sueño y continuaba sin lograr entenderlo. Presentía algo importante y trascendente, pero no sabía ciertamente qué. Interiormente se sentía inquieto, intuyendo que la visión le afectaba directamente a él, llegando a creer que el mensaje trataba de hacerle ver una situación a la que debería enfrentarse como elegido. Pero, a medida que intentaba explicarse su contenido se desorientaba y no era capaz de comprender ni lo que las imágenes apocalípticas que había visto representaban, ni mucho menos lo que debía hacer. Estas ideas, al ir concretándose en su mente, cada vez que afloraban le torturaban inútilmente, llegando a sumirle en un estado de angustia permanente.

Aquella mañana, como de costumbre se reunió con su secretario tras abandonar la capilla y tomaron un frugal desayuno. Después, para tratar los asuntos del día se dirigieron a su despacho privado, que se correspondía— según se observa desde la Plaza— con el segundo ventanal del último piso, en la fachada meridional, donde reza el “Ángelus” cada domingo.

- Hoy tiene Su Santidad una apretada jornada de trabajo— le comentó, en tanto extraía de la carpeta unas hojas y las colocaba sobre la mesa— A las once— comenzó a desgranarle— vendrán los nuevos embajadores para presentar sus credenciales ante la Santa Sede y luego habrá una recepción oficial.

El Pontífice mostró una forzada sonrisa y en tono casi imperceptible, respondió:

- Sé que es necesario, padre, si bien, me gustaría que pudiésemos situarnos fuera de la esfera política.
- Pero... —le atajó Gregory— como bien sabe, es necesaria. Incluso para la propia Iglesia. Aunque no se preocupe, porque será breve, ya que a las doce mantendrá una reunión en la que se diseñará su próximo viaje a Sudamérica.
- ¡Sudamérica!— suspiró con melancolía.

La expresión de su rostro quedó dulcificada. Daba la impresión de que bullían multitud de recuerdos en el interior de su memoria. Ausente, y en actitud distendida los dejó aflorar. En primer lugar apareció Manaus, la tierra que le vio nacer. Un pueblo insignificante, perdido en el desierto verde de la amazonia brasileña, a orillas del río Negro. Un lugar donde lo fluvial y lo frondoso de su salvaje naturaleza se confunden en un marco de espléndida belleza. Después, memorias de la infancia. Una niñez dura y llena de privaciones, viéndose obligado a malvivir en una región que subsistía de una precaria agricultura y que por lo escaso de sus recursos tuvo que entregarse a las multinationales que desertizaban la jungla.

Vagamente, actualizó la figura de sus padres, cuando apenas contaba siete años. Un día le dijeron que iban a enviarle a vivir con una tía materna, muy lejos de allí, con la esperanza de que pudiera encontrar mejor vida que la que ellos podían ofrecerle. Rememoró la figura de aquel chico con los ojos anegados por las lágrimas, al no querer separarse de ellos. A él, un hombre prematuramente envejecido y de aspecto enfermizo, de manos rudas y deformes, acariciándole la cabeza mientras se despedían. A ella, a la cual veneraba, de aspecto frágil, muy dulce y apariencia casi mística, tragándose los sentimientos para transmitirle entereza.

A pesar del tiempo transcurrido, todavía era capaz de verles agitando las manos y empequeñeciéndose sus siluetas a través de la luneta trasera, a medida que el autobús se alejaba dando brincos, sorteando los socavones por aquella carretera terrosa y polvorienta. Pero, cuando realmente se sintió desolado,

con la sensación de que el cielo se juntaba con el asfalto, aplastándolo, fue al bajarse de la tartana, llevando como único bagaje la vieja maleta de cartón piedra en la que guardaba la ropa que le habían preparado. Allí mismo, a pesar de su corta edad pudo sentir por vez primera la sensación de la soledad.

La tía Nelly estaba esperándole en el andén de la estación de Porto Alegre, al sureste del país. Era una mujer de mediana edad, solterona y descreída tal la mayor parte de su familia. Su economía era débil, aunque no tan precaria como la de sus progenitores. Como era vivaracha, anduvo los pasos necesarios hasta lograr que le admitiesen en el seminario, sin otra pretensión que la de que el chico pudiera estudiar sin costarle nada. Y teniendo en cuenta sus consejos, siendo un muchacho despierto, se aplicó en los estudios desde el principio, con la intención de abandonar la casa de formación una vez los terminase.

Era obvio—había pensado más de una vez al recordar el episodio—que Dios escribe derecho, aunque empleando renglones torcidos.

No podía olvidar sus orígenes ni los años de extrema pobreza que había vivido. Por eso, a medida que iba creciendo se fue radicalizando.

Evocó también a su tutor, en aquellas fechas lejanas en la que el buen Papa Juan entregó su alma. Un hombre equilibrado y justo, interesado por la problemática social y con el que acabaría coincidiendo en el contenido inminentemente liberador que impregnaba la doctrina que le transmitía.

Después, la carta que recibió de su madre comunicándole el óbito de su padre, una muerte prematura propiciada por las inhumanas condiciones del trabajo que tuvo que soportar desde la infancia y que acabaron por minarle la salud. La misiva concluía diciéndole que se encontraba hospitalizada de gravedad, sin medios para hacer frente a la enfermedad, despidiéndose de él.

Desde aquel día sintió una profunda aversión hacia todo lo que les había explotado, haciendo responsable al sistema de las desgraciadas vidas de sus seres queridos.

En más de una ocasión fue asaltado por la tentación de dejarlo todo y emprender una huída hacia ninguna parte, pero su protector le ayudó a superar la crisis haciéndole entender que si verdaderamente le interesaba trabajar por un mundo más solidario y justo, debía meditar con calma y libertad si estaba llamado a hacerlo como sacerdote.

3

Después de la ordenación fue enviado a una aldea perdida en el interior de la gran selva. Aquella era una región inhóspita, donde el hombre blanco explotaba al nativo.

La labor por hacer era ingente y él llevaba dos años esperando que llegara la ayuda que había solicitado. A diario debía desplazarse a través de caminos pedregosos y barrizales para atender los confines de la grey, teniendo como compañera de viaje a una vieja motocicleta que, cuando se cansaba de llevarle protestaba gripándose, dejándolo tirado en medio de la jungla.

La tarde de aquel temprano día de enero declinaba. Había estado lloviendo desde que amaneció, consiguiendo las persistentes aguas calarle el chubasquero, por lo que necesitaba apremiantemente darse un baño reparador, confiando en que Manuela, una mujer joven que ayudaba en la parroquia tuviese preparada una olla hirviendo con la que calentarlo.

El templo era simple y destartado. Se asentaba sobre un suave altozano que arrancaba de una explanada y ascendía titubeante por el piso polvoriento de una calle infestada de casuchas muy humildes, asimétricas, entre las que no faltaba alguna que otra chabola que exhibía en su tejado una tronera tapada con cartones.

Consistía en una nave rectangular, de una sola planta y muros calados. El techo carecía de tejas y en el borde asomaban unos maderos cruzados con forma de “ele” invertida, de los cuales colgaba una campana. El interior era sencillo, construido a base de rasillas, disponiendo de bancos rústicos de madera sin

pulimentación; la capa de pintura que los cubría discretamente era incapaz de hacer olvidar su deterioro. Las paredes permanecían semi desnudas, apenas adornadas por unas tablillas en las que la mano anónima de un improvisado artista— sin la más elemental idea del oficio— había procurado plasmar las estaciones del Vía Crucis. Al fondo, sobre una mesa cubierta con paño blanco muy limpio que ocultaba su fealdad, reposaba el sagrario, consistente en un vulgar estuche recubierto de oropel ; tan sobrio, que evocaba aquel sencillo pesebre que se constituyó en la primera morada del Salvador de mundo.

Fuera, contigua al edificio estaba la casa del cura. Se trataba de una vivienda discreta, disponiendo de una única pieza que se utilizaba como dormitorio y salón a la vez, completándola una cocina americana y un pequeño aseo.

- Has tardado mucho en venir, padre— escuchó de boca de Manuela, que estaba impaciente por su retraso.
- ¡Imagínate! Esta vez se ha parado dos veces, pidiéndome que la dejara descansar un rato— rió su ocurrencia.
- Cualquier día te perderás por esos caminos. Necesitas una nueva.
- ¡Pues ya ves, aquí no mandan nada! ¿Calentaste la tina?
- ¡Claro! Con el día que ha hecho, supuse que vendrías hecho una sopa... ¡pero, esta vez te equivocas!—guiñó un ojo.
- ¿Qué quieres decir?
- ¡Por fin ha llegado!— le anunció complaciente.
- ¿Llegado? ¿El qué?— la miró con extrañeza.
- Di mejor, “quién”— esbozó una sonrisa de complicidad.
- ¡No me digas! ¿Dónde está?— se ilusionó, intuyendo de quién le hablaba.

Al escuchar sus palabras, la prisa que llevaba por remojarse y sacarse del cuerpo el frío que le había calado hasta los huesos pasó a un segundo término. Quería conocer a la persona que le anunciaba y que tanto tiempo llevaba aguardando.

— Está en...

Sin dejarle terminar, fue a su encuentro.

Al entrar se percató de la silueta que se destacaba en la penumbra. Reflexionaba sentado en uno de los asientos contiguos al altar. En silencio, se acercó hasta él y depositó una mano sobre su hombro. Al sentirla, el otro giró la cabeza y se puso en pie.

Su edad se aproximaba a los cuarenta. Su cabello era negro, con algunas canas aquí y allá, y un tanto largo y desaseado. Alto, de cuerpo prieto, complexión delgada y mirada aguda, de esa clase que traspasa cuando lo hace con fijeza. La nariz era aguilena y los labios tirando a gruesos. Componía su atuendo un pulóver negro de cuello vuelto y pantalones americanos, sin marca y ajados.

Había depositado su vieja gabardina encima del banco, junto a una boina negra como la que utilizaba el “Che”. Todo su equipaje consistía en un maletín deslucido.

— Soy el párroco de este lugar. Mi nombre es Arnulfo ¡Bienvenido!

— El mío es Leonardo y soy franciscano.

Mientras intercambiaban el saludo fundiéndose en un cálido apretón de manos le observó, tratando de encontrar qué sentimientos despertaba en él el recién llegado.

— Vayamos dentro— le invitó— Debes de tener hambre.

— Y tú frío— se fijó cómo tiritaba.

— Es cierto. Voy a cambiarme mientras te relajas y te pones cómodo; después, comeremos lo que nos haya preparado Manuela.

El fraile era un hombre de sólida formación teológica y firmes principios, aunque no siempre coincidentes con los de sus superiores jerárquicos. Unos le veían como un progresista y otros como el desestabilizador del sistema social y eclesiástico. Un provocador. Alguien problemático al que convenía mantener alejado. Por esa razón, los que mandaban se lo quitaron de encima cuando les fue posible hacerlo, privándole de su puesto